



CULTURA Y CIUDADANÍA: LA LECTURA COMO DERECHO

Florencia Saintout *

El derecho a un destino y sueños comunes puede ser una realidad si creemos en los compromisos colectivos y no esquivamos la responsabilidad histórica de pensar un nuevo proyecto de Nación.

* Magíster en Comunicación, Universidad Iberoamericana de México. Doctora en Ciencias Sociales, Flacso. Docente de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, y de la UNQ. Autora de libros y de numerosos artículos en revistas especializadas. Directora de la Editorial de la UNLP.

¿Para qué leer? ¿Por qué la lectura? ¿Para qué y para quiénes una política de promoción de la lectura? Sabemos que las respuestas pueden ser varias, incluso de diferentes vertientes ideológicas y políticas, pero nos interesa aquí exponer la opción que ha tomado el Instituto Cultural, a través de la Dirección de Bibliotecas y Promoción de la Lectura de la provincia de Buenos Aires: promocionar la lectura como un modo de construir ciudadanía cultural, entendiendo a la lectura como un derecho.

Estamos en la Argentina en un momento de cambios, de nuevos aires, de salida de un modelo neoliberal que dejó a millares de personas por fuera de un proyecto de Nación, por fuera de la posibilidad de la ciudadanía.

A lo largo de 30 años de políticas neoliberales, la Argentina se fue transformando en un país con una creciente desigualdad y segregación económica, socio-espacial y cultural, donde se empobrecieron sectores tradicionalmente estables y se dualizaron sectores antes integrados, con las consecuencias de fragmentación e individualización que, lejos de vivirse

como libertad y autonomía, se erigieron como terreno de la atomización y la desafiliación social, como angustiante incertidumbre. Así, la Nación tal cual la conocieron nuestros abuelos entró en una crisis sin precedentes.

Hoy están dadas ciertas condiciones para pensar un nuevo proyecto de Nación inclusivo y plural, desde una perspectiva de derechos. Entonces, tal vez sea el momento de imaginar una nueva cultura para vivir juntos que contemple la igualdad pero también la diferencia, que nos permita finalmente construir una nueva ciudadanía política, social y cultural. Es allí donde el acceso a la lectura, como un modo de acceso a la crítica (por medio del discurrir lingüístico, del argumento, pero también del goce y el placer) juega un papel ineludible, ya que la lectura, que nunca es pasiva ni individual, nos remite a la capacidad para descifrar y construir sentidos creativos sobre los diferentes textos que hacen al mundo de la vida.

La cultura como derecho

Una de las definiciones más claras de la ciudadanía es aquella, ya clásica, de Marshall (Marshall y Bottomore, 1998): “[...] un status conferido a quienes son miembros de una comunidad. Todos los que poseen el status son iguales respecto de los derechos y obligaciones que dicho status se compone”. Fundar una nación bajo la clave de la ciudadanía supone la igualdad de derechos y obligaciones para todos aquellos que la integran.

Si el siglo XVIII fue el siglo de los derechos civiles que en el siglo siguiente se ampliaron hacia los derechos políticos, y el XX, el de los derechos sociales, hoy estamos ante la demanda de los derechos culturales, y es allí donde inscribimos la necesidad de la lectura.

Estamos, además, en un contexto donde hemos visto que la constitución de las ciudadanías no ha sido evolutiva, sino que, por el contrario, en nuestro país ha sido discontinua e incluso en ocasiones desaparecida, lo que plantea la demanda de una ciudadanía integral. Pero para que esto ocurra será necesario pensar políticas sobre el Estado mismo como sucedió previamente. La ciudadanía no se construye sólo como un cambio de relación entre individuos y Estado, sino también en una reconfiguración del propio Estado. Para que existieran los derechos sociales o políticos fue necesario que el Estado se transforme, permitiendo así el desplazamiento de los individuos de su carácter de súbditos al de ciudadanos. Para hacer posible los derechos culturales –y en este caso específico, el derecho a la lectura– como parte de una ciudadanía integral, pareciera ser ineludible entonces pensar en qué transformaciones será necesario que el Estado se dé a sí mismo. Es decir, será necesario imaginar una agenda de discusión donde el estado se piense política y burocráticamente en su capacidad de construcción de ciudadanía.

Por otro lado, tal vez no esté de más plantear que cuando se habla de los derechos culturales no se habla sólo de ellos: no hay derechos culturales sin derechos políticos o sociales. Una política cultural que se plantee con anteojeras, *disciplinalmente*, sin tomar en cuenta la integración dentro de una política de reciudadanización de los argentinos, seguramente no tendrá otro horizonte que el fracaso. Por lo tanto, pensar la lectura como un derecho implica pensar la cultura en relación con el trabajo, la salud, la política, la privacidad, la libertad, etcétera.

La ciudadanía no se construye solo como un cambio de
relación entre individuos y Estado, sino también
en una reconfiguración del propio Estado. 

La igualdad

Generalmente cuando se piensa la relación entre cultura e igualdad se habla del derecho al acceso igualitario de todos los sujetos a los bienes culturales consagrados. Esto es algo demasiado declamado –aunque no siempre efectivizado– y no vamos a extendernos más aquí. En todo caso, nos sumamos a la consigna y a los compromisos que ello implica. Pero nos interesa extendernos en algunos otros aspectos que no siempre son los más problematizados y que son importantes para plantear una estrategia de promoción de la lectura.

Por un lado, creemos que una política cultural desde la perspectiva de la ciudadanía para un proyecto de nación inclusivo y plural no debe dejar de lado la necesidad de democratizar los bienes culturales existentes, pero debe también rediscutir el estatuto de bien cultural ya que, en la mayoría de los casos, su definición es producto de procesos nada democráticos. Es decir, que cuando una comunidad legitima determinados bienes como culturales, generalmente son las voces dominantes de esa comunidad las que clasifican como valioso y universal un bien en detrimento de otros. Qué bienes y por lo tanto qué circuitos, qué actores, qué mecanismos, etc., son valorados como “culturales”, y en este caso, como literatura, no es algo que suceda natural y neutralmente, sino que es producto de las relaciones históricas entre los diferentes actores de una comunidad, en la cual

los criterios de los más fuertes prevalecen en detrimento de los más débiles.

Así es que una política cultural que piense en la reciudadanización para una nueva nación debe no sólo plantearse la democratización de lo ya existente sino que debe tener como desafío la deconstrucción –o la crítica, si es que el concepto suena demasiado posmoderno– del estatuto de lo cultural dentro de su comunidad. Y repensarlo justamente para dar lugar a aquellas voces y actores que han sido descalificadas o silenciadas en el proceso de legitimación social. De este modo, el derecho a la igualdad adquiere nuevos sentidos porque ya no se trataría sólo del acceso a la cultura consagrada como tal sino el acceso a la posibilidad de legitimar la “otra” cultura, o la cultura de los otros, aquellos que quedaron excluidos de la capacidad de autorización de sus modos de expresar y darle nombres al mundo en que viven y que tal vez solo lo pueden hacer mediante lo que Michel de Certeau llamaría “las tácticas del débil” (De Certeau, 1997): las artesanías, las expresiones “alternativas” o marginales, la literatura popular, la piratería, las producciones simplemente pobres, en fin, el arte menor o el no arte.

En estrictos términos de políticas de promoción de la lectura, desde la Dirección [de Bibliotecas y Promoción de la Lectura] venimos trabajando en la difusión y encuentro con las producciones literarias de autores ya consa-

grados, pero nos detenemos particularmente en la obra de aquellos autores de la provincia [de Buenos Aires] que por diversas razones (en la mayoría de mercados editoriales, pero también político-ideológicas) han permanecido en el olvido.

Por otro lado, claramente adscribimos a la idea de que todo lector es también autor de una mirada sobre el mundo. Que no existe lectura pasiva ni individual; que los lectores resemantizan los textos recibidos desde su posición en el espacio social, y que incluso los modos de reproducción de los discursos son, al mismo tiempo, otros modos del habla. Por lo tanto, trabajamos por medio del Programa Forjar Identidades Lectoras,* en talleres de escritura y narración oral como modos de lectura/escritura que permiten construir las capacidades para descifrar textos escritos y orales, como también potenciar las competencias para crear los textos propios de una comunidad.

La diferencia

Junto con una política de la igualdad, creemos que es necesario plantearse también una política de la diferencia. Pensar la cultura para pensar una nación plural e inclusiva implica también incorporar el derecho a la diferencia como elemento fundamental.¹ Y esto no significa hacer eco de la moda académica impulsada por las necesidades norteamericanas de la multiculturalidad: no todas las diferencias va-

len lo mismo, no todas conviven sin conflictos y, fundamentalmente, no se puede entender la diferencia desde la diferencia misma, como si fuera en sí misma una unidad.

Proponemos salirnos del relato de la multiculturalidad, o de la diversidad relativista, para pensar la interculturalidad. La diferencia así deja de ser entendida según la vía de la igualdad niveladora, lo que implicaría su negación, como tampoco desde los criterios de la diversidad que aceptan la idea de una otredad sin contactos, sin zonas intermedias, tan pura que al situarla se efectivizaría su aislamiento. Una otredad ya dada, que desde su inmaculada existencia interactúa sin fisuras con el espacio común. Por el contrario, la interculturalidad sería un desafío justo para pensar la diferencia en el territorio de las zonas intermedias, donde se hacen ciertas las hibridaciones, pero también donde éstas dejan de ser conciliación y se transforman en no comunicación, en conflicto. Es la otredad en sus conflictos la que debe ser incorporada, para desde allí imaginar futuros inclusivos posibles que tendrán el nombre de nuevos proyectos de nación.

Específicamente con respecto a la promoción de la lectura venimos trabajando, como se dijo, desde el Programa Forjar Identidades Lectoras, cuya fundamentación se basa en la idea de que el acceso a la lectura no se da de manera homogénea, sino de acuerdo con el lugar que se ocupe en el espacio social, de acuerdo con la generación y con los diferentes modos de

* El Instituto Cultural de la provincia de Buenos Aires, mediante la Dirección de Bibliotecas y Promoción de la Lectura, dependiente de la Dirección de Coordinación de Políticas Culturales, implementa un programa temporal denominado "Forjar Identidades Lectoras 2006" que se desarrolla desde el año 2001 en el territorio provincial, con el objetivo de generar un espacio de debate para leer y reflexionar sobre los modos en que se pone en juego la lectura [N. de C.].

No podemos olvidarnos que en este país han
sucedido las quemas de libros más importantes
de la humanidad.



socialización; los caminos son distintos y cada uno de ellos es igualmente válido, por lo tanto se debe trabajar sobre estas diferencias. Hemos incorporado en el último año la idea de que no sólo se pueden leer textos escritos u orales, sino que también podemos trabajar en la lectura crítica de la imagen, para encontrar un lenguaje común entre las diferentes trayectorias sociales, y también generacionales.

La memoria

Finalmente, creemos que para construir un proyecto de Nación siempre fue necesario construir un modo común de nombrar el pasado, de darle sentido, de trasmitirlo como experiencia intersubjetiva. Porque la memoria es parte de la cultura, es una de las dimensiones fundamentales de la cultura de una nación. ¿Quiénes deben darle sentido al pasado? ¿Qué pasado? ¿Qué trasmitir? Son preguntas que deben impulsar una política de Estado que pueda garantizar la participación de los diferentes actores en sus respuestas. Construir una nación es también construir una cultura del pasado común que dé cuenta de los acuerdos y los desacuerdos, de las voluntades colectivas, que pueda pensar no sólo lo que sucedió a manera de efemérides o fechas, sino básicamente a partir de la comprensión de las razones de lo que ocurrió. Porque recordar, ya lo sabemos, no significa necesariamente que los peores horrores no vuelvan a suceder. Pero entender lo que los hizo posible –las ideas, los

proyectos, las estructuras que lo cimentaron– puede aportar a la voluntad de que no vuelva a suceder lo que no se desea. Y aquí los libros ocuparon un lugar fundamental.

Hablar de libros en un país como el nuestro nos remite automáticamente a dos cuestiones: por un lado, el libro y la cultura escritural han formado parte importantísima en la historia, reconocidos como los pilares fundantes de la Nación; por otro, y de manera diametralmente opuesta, el libro ha sido también perseguido, atacado, prohibido. No podemos olvidarnos que en este país han sucedido las quemas de libros más importantes de la humanidad.

Entonces, tenemos una Nación que por un lado levantó la bandera del libro y sus capacidades libertarias. Que pensó en la lectura como derecho, y en los derechos para todos: la lectura no fue un proyecto solo para las elites. Tenemos una Nación que fue pensada antes de ser hecha, y que al hacerse, la letra, los libros, fueron protagonistas en una experiencia pionera dentro de la región.² El libro, la escritura, la lectura como posibilidad de un lenguaje común, y por lo tanto de una comunidad, fue adquiriendo identidad en un territorio que construía así un nombre propio, una identidad.

Tal fue, también, el peso de los libros que las dictaduras, además de perseguir y desaparecer cuerpos, se ocuparon especialmente de censurar ciertos libros (listas inmensas, demasiado

negras para la memoria) y enterrar y quemar otros.³ Los libros fueron, son, parte de aquello que resiste a la incapacidad para pensar un mundo distinto, al posibilismo, a la idea de que lo que llegó lo hizo para quedarse y que nada se puede transformar.

Una Argentina desintegrada, ¿un lugar para la lectura?

Mucho se ha destruido en el tejido social de la Argentina. Y en esa destrucción, también se ha ido rompiendo un lazo que supo ser increíblemente generoso como fue el de los lectores con los libros. No tenemos espacio aquí para desarrollar este punto: son múltiples los factores que contribuyeron a esto. Pero no necesitamos de cifras para saber que esa relación, si no se ha quebrado, al menos es hoy del todo problemática.

Pero también vivimos hoy un momento donde se abren nuevas esperanzas. En el que deseamos que el desarrollo económico, social y cultural respete las diferencias pero que llegue a todos por igual. Deseamos una sociedad que ofrezca la perspectiva personal y comunitaria de que vale la pena imaginar hacia delante. Sabemos que sería ridículo plantear que lo lograremos sólo por medio de la lectura. Por supuesto que no será así, pero la lectura tendrá que tener un papel relevante. Creemos además, que en un país donde el desafío de la

construcción de una sociedad más integrada es todavía un tema pendiente, el Estado debe asumir un rol protagónico en la promoción de *la lectura como derecho*, para contribuir a la formación de ciudadanos críticos. Entre otras razones, porque durante décadas diversos gobiernos autoritarios reprimieron el encuentro entre los libros y los lectores. Porque también las políticas neoliberales han alejado los libros de las aulas, lo que trajo consigo la pérdida de instrumentos conceptuales, del desarrollo de competencias lectoras imprescindibles en el mundo moderno, o peor que ello, la polarización y la desigualdad en estas competencias.

Creemos que en la Argentina de hoy se hace urgente pensar que cuando se hable de políticas culturales hay que hablar de una política de reciudadanización dentro de un proyecto de Nación que sea inclusivo.

¿Podremos vivir juntos? Es la pregunta que se hace el sociólogo francés Touraine (1998) esperanzado en la crisis de la modernidad. No lo sabemos: se ha destrozado mucho, y también mucho de lo que éramos tampoco fue siempre bueno. No tenemos nostalgia pero no celebramos las rupturas. Sí creemos en los compromisos colectivos para no esquivar la responsabilidad histórica de pensar una cultura que garantice el derecho a un destino común. 

Notas

- ¹ No está de más recordar que los proyectos nacionales modernos se fundaron sobre el ahogamiento de la diferencia en pos de una cultura de la homogeneidad. En la Argentina, todo lo que no entraba en el patrón de aquella generación que reconocía como padres a Sarmiento y Alberdi – que a su vez se miraban en el espejo del proyecto de la modernidad: un proyecto para hombres blancos, adultos, letrados– aparecía como lo otro a ser negado. Civilización o Barbarie. Pero como la cita de Walter Benjamín, recreada por uno de los más formidables analistas de la cultura actual, el palestino Edward Said: “Todo documento de civilización es también un documento de

barbarie”. Es decir: lo que fue silenciado nunca dejó de hablar, habla en el ejercicio de su propia negación. Ha estado, está; el peronismo ha dado cuenta como movimiento de recuperación de lo popular de esa existencia. Entonces, es hora de que las políticas de Estado para la cultura de una nación incorporen finalmente lo otro silenciado.

² En la inauguración de la Feria del Libro de 2006, el escritor [argentino] Tomas Eloy Martínez dijo que el nuestro era un país que se había construido desde el libro y no desde la espada. Y si bien es verdad que el libro –la razón, el argumento– ha ocupado un lugar fundamental, la espada no ocupó un lugar menor. De eso da cuenta la infinidad de historias de exterminio y guerra que hacen al relato nacional.

³ Una de las historias más espeluznantes, aunque no la única, fue la que sucedió el 30 de agosto de 1980, en los terrenos de Berisso, donde bien temprano varios camiones depositaron 1 millón y medio de libros, todos publicados por el Centro Editor de América Latina. Luego de la orden de un juez de La Plata, varios agentes rociaron con nafta los ejemplares y los prendieron fuego. Un testimonio, tomado por el investigador Baez (2004), recuerda lo terrorífico de la escena: “Los libros ardieron durante tres días, algunos habían estado apilados y se habían humedecido, así que no prendían bien. Nueva Enciclopedia del Mundo Joven fue quemada íntegra. Me acuerdo de que en uno de los fascículos, de historia del hombre, había un príncipe que no se terminaba de quemar. El pobrecito era un príncipe medio afeminado y lleno de flores que se resistía a la hoguera”.

Tal fue el peso de los libros en nuestra historia que hoy casi no existen argentinos que digan que leer no es importante (aunque no lean, aunque no tengan en su casa una biblioteca). La gran mayoría de los habitantes de esta Nación valoran positivamente la lectura. Piensan que las bibliotecas, que las ferias de libros, que los escritores, son importantes para la vida social.

Bibliotecas:

- El Estado provincial promueve la lectura mediante 487 bibliotecas populares, del Fondo Editorial de la Provincia y del Programa “Forjar Identidades Lectoras”, entre otros.
- El total de las bibliotecas populares de la Provincia suman 7.542.240 libros.
- Uno de cada veinte bonaerenses es usuario de una biblioteca popular.

Bibliografía

Baez, Fernando, *Historia universal de la destrucción de libros: desde las tablillas sumerias a la guerra de Irak*. Barcelona, Destino, 2004.

De Certeau, Michel, *Artes de hacer 1. La invención de lo cotidiano*. México, Iteso, 1997.

Marshall, T.H. y Bottomore T., *Ciudadanía y clase social*. Madrid, Alianza, 1998,

Touraine, Alain, *Crítica de la modernidad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.